

Jesús de Armas: signos de Cuba*

Una de las ventajas de viajar es la de disolver, por poco que dirijamos una mirada atenta a la realidad circundante, los clichés que de lejos se forman sobre ella. Si, además, el lugar de destino es un país situado en una zona geopolítica un tanto delicada, es previsible que las informaciones previamente registradas representen un eco retardado, con frecuencia alterado, de los acontecimientos que allí tienen lugar. En

* TRONCHE, ANNE. "Jesús de Armas: Cuba signes." *Opus International* (París) (101); 1986.

una reciente visita a Cuba, llevaba como equipaje imaginario los numerosos relatos, llenos de alabanzas, de los participantes al Salón de Mayo de 1967 en La Habana. También el recuerdo de los artículos de prensa difundidos en Europa por la década del 70, evocando un endurecimiento del censo social en nombre de una austera moral estatal. Todo colaboraba para tener una idea preconcebida de la situación de este país que desde enero de 1959, conmoviendo al imperialismo norteamericano, dio una apertura y un vigor nuevos a la lucha revolucionaria internacional. Yo estaba segura de una cosa, y era que este país tenía al frente un líder intelectual, "un revolucionario tanto de la palabra como de acción",¹ como señalara Alain Jouffroy, cuya agilidad mental corría el riesgo de hacer caducas un gran número de posiciones de la "inteligencia" europea.

En realidad son las prácticas artísticas, la frecuente presencia de la obra en el espacio colectivo las que me han convencido de la dinámica intelectual de este país socialista y tropical. El trabajo del lenguaje por medio del lenguaje visual, constituye una estrategia cultural lo suficientemente precisa y amplia para sancionar una correspondencia real entre el debate de la estética moderna y la ideología revolucionaria contemporánea. En este país, donde se celebra anualmente un Festival de dibujos humorísticos y que confiere a la ciudad de San Antonio de los Baños un *status* similar al de Angulema, tanto los afiches ultra-poéticos, como la práctica de la caricatura se han convertido en un género vigoroso, que expresa el poder de la ironía con una naturalidad prodigiosa. Por todas partes se ven exposiciones de calidad variable que revelan la presencia, tanto en la pintura como en la escultura, de tal profusión de tendencias estilísticas que se hace imposible detectar el hilo conductor en medio de búsquedas tan disímiles. Jugando con la ambigüedad de las imágenes, interpelando las relaciones conflictivas entre la pintura y la fotografía, construyendo conjuntos que dan una extrema movilidad al aparato interpretativo, ejercitándose en prácticas gestuales, una gran parte de los artistas cubanos tratan de armonizar su imaginación, la peculiaridad de su sensibilidad con esta libertad de acción que constituye la cualidad principal de la creación asumida individualmente.

Entre todas las obras que encontré, en mi recorrido por Museos y centros culturales, hay una que retuvo particularmen-

¹ JOUFFROY, ALAIN. "Che sí". *Opus International* (París) (3); octubre, 1967.

te mi atención, tanto por la radicalización nerviosa de sus signos, como por su manera inequívoca de solicitar simultáneamente mi necesidad de comprender y mi deseo de librarme de las zonas estrictas de la comprensión. Se trata de la obra de Jesús de Armas. Volviendo a ver sobre mi mesa las fotografías de sus bellos dibujos, me vienen a la mente aquellos días pasados en La Habana en su compañía, cuando una ola de frío proveniente de La Florida había transformado el azul del cielo en un gris amarillento y una llovizna intermitente teñía de malva las palmas reales, recuerdo también la visita a la casa de Hemingway antes de ir a su estudio. Mi dominio de la lengua española era insuficiente para seguir el curso sutil de su pensamiento, para aquilatar la importancia exacta de las relaciones que él intentaba establecer entre sus formas y las infraestructuras del pensamiento primitivo. Sin embargo, comprendía que buscaba instaurar en la trama de sus imágenes el diálogo de los reinos —humano y animal—, resaltar en ellos un sistema de correspondencias que justificaran la noción de solidaridad entre el universo y los caminos de la imaginación.

Observándola con atención, su obra rechaza la interpretación literal. Ella se revela como un nexo misterioso entre nuestro saber y un pensamiento que establece su comprensión de lo visible en un antropomorfismo de presunción. En los signos, en las figuras de tensión que ella muestra, se expresan las visiones oníricas de un mundo aborígen privado de voz propia por parte de los conquistadores españoles. Jesús de Armas no reivindica para sí el derecho de reinventar la manera de pensar de los indios siboneyes, él solo pretende tirar puentes de la memoria interpretativa entre un pasado lejano y un presente que justifica la disposición jerárquica de los conocimientos, según su papel en la historia. Estoy convencida que él podría utilizar para su obra aquella declaración de Wifredo Lam —artista que admira por sobre todos los demás—: "Yo represento la herencia de la convulsión del hombre y de la tierra". El también en lo apresurado de su escritura fija lo instantáneo de mil génesis sucesivas. Las formaciones figurativas que nuestra mirada encuentra en su obra, quizás rehusan decir aquello que permite que ellas sean dichas. Sin embargo, la visión está ahí, necesaria como un espejo que reflejara no lo que es perecedero de un hombre que escapa en parte a la palabra por estar íntimamente mezclado en ese caos del cual él mismo emerge a fuerza de esperanza y de sueños.

Las formas y los sueños inventados por Jesús de Armas salen de la duda permanente que él experimenta como característica fundamental de su búsqueda. Se evidencia una rapidez

del gesto que destaca febrilmente los contornos, una tendencia a dejar los signos en estado de borrador, todo lo cual es propio de una escritura que obedece a una concentración magnética del pensamiento. En este arte de domesticarlo todo, los peces celebran extrañas intimidades con las mujeres, personajes con cabezas de pájaro dialogan con voracidad de conquistadores, especies de sólida dentición toman del pájaro el vuelo, del pez la forma. Por una parte encontramos rostros o peces que languidecen al prolongar cuerpos masivamente esbozados, por otra, hocicos que comienzan a abrirse en un grito, quizás en una sonrisa estática. Todo contribuye a pensar que se trata de recuerdos de antes que el mundo fuera mundo y que han acompañado el enraizamiento de estos seres formados en la impaciencia, en un espacio que está todavía por definir.

En Jesús de Armas el espacio es lo blanco del papel, a veces el rostro incandescente de un fondo tratado con óleo. El blanco, el rojo dan tanto a sus dibujos como a sus pinturas una profundidad sin fondo, acentuando así la fuerza dramática de las formas, subrayando su orgullosa autonomía frente al mundo exterior. La puntuación de estas superficies, privadas de orientaciones geográficas, tanto de las líneas cortadas, en puntos que se pasean. A la manera de huellas dejadas ahí para encontrar un hipotético camino, esta estenografía de la emoción pura participa de una actitud radical hacia el arte, donde el establecimiento de las distancias entre formas tan evidentes está determinado a partir de la creación gráfica propiamente dicha.

En este mundo de metamorfosis en el cual la imagen se desdobra en figuras transitorias, donde la identidad de los signos remite a un uso del ritmo próximo a la magia, aparecen esencias persistentes llegadas de lejos, de muy lejos, como para intentar pactar con la expresión en el punto mismo en que ella surge. En ellas lo negro persiste, lo negro resiste, cubre magistralmente los cuerpos, vela parcialmente la expresión de las cabezas, como si tratando de reducir al máximo la anécdota, su paso no pudiera dejar más alusiones que intriguen, referencias veladas que atraigan. Como toda obra grave cuyo mutismo alcanza un climax de soberanía, la de Armas, está imbuida de un movimiento pendular entre la interrogación y la afirmación. Mientras que las figuras dotadas de una pasión irruptiva parecen colocadas en un punto del hilo enredado de la vida, sus bocas —humana o animal— aprietan por lo general un tabaco cubano, en plena combustión. Este detalle podría parecer un medio relativamente simple que el pintor usa para afirmar sus orígenes geográficos. Muy felizmente, Jesús de

Armas cuestiona su propia existencia, su propio recorrido de combatiente, de manera mucho más transversal. El tabaco prestado a los pájaros como a los mamíferos nos enfrenta metafóricamente a un mundo que ha roto sus cadenas. Es necesario recordar que la presencia de "lectores" en los talleres de las factorías de tabacos facilitó en el pasado, tanto por la introducción de narraciones novelescas como de textos de contenido filosófico, la politización de los tabacaleros y, por consiguiente, la organización de las primeras huelgas. Símbolos de una conciencia reivindicada y conquistada, los tabacos que pueblan las superficies de Armas producen en la imagen la ilusión de lo tangible, contemporizando con figuras puramente subjetivas. En esta reversibilidad del punto de vista que confiere a la expresión de este artista su valor de umbral, de punto crítico entre lo real y lo mental.

El erotismo imperioso de las imágenes tiene igualmente su origen en este hecho. Plantea en forma de conflicto violento la pregunta para saber ¿dónde está el espíritu, dónde está el cuerpo? Probablemente es esta pregunta dejada en suspenso la que provoca en Jesús de Armas, la necesidad de producir figuras. Ofrecer el mundo interior con tal peso de exterioridad es un reto que da a lo invisible su existencia concreta.

Mañana, dentro de poco, no me quedan dudas, otros muchos se emocionarán al igual que yo ante esta visión que viene de lejos y que, sin embargo, parece dialogar con nosotros desde cerca. Ellos reconocerán la autenticidad; el contenido lúcido y difuso. Al constatar que ello se enraiza en los trasfondos de varias culturas, ellos se darán cuenta que las formas que la habitan no exigen ninguna iniciación para ser entendidas, aunque ellas nos disuadan de creer que este mundo que estimamos "nuestro" nos pertenezca completamente.

ANNE TRONCHE

